



Autores

Raúl Fradkin (bloque 1 y bloque 3)
Beatriz Bragoni (bloque 1 y bloque 3)
Jorge Saab (bloque 1 y bloque 3)
Claudia Barros (bloque 2)
Ricardo Figueiras (bloque 2)

Coordinación general:

Raúl Fradkin



A partir de 1955, la sociedad argentina vivió un período muy crítico. Entre el derrocamiento del peronismo y su vuelta al gobierno, en 1973, se sucedieron ocho presidentes. Seis de ellos surgieron de golpes militares y solo dos accedieron al poder por elecciones, pero en comicios que no fueron completamente libres, porque el peronismo sufrió dieciocho años de proscripción y su líder debió vivir exiliado en España. En 1973, Juan D. Perón pudo regresar definitivamente al país y, poco después, fue elegido presidente por tercera vez. Pero ello tampoco trajo la estabilidad tan esperada: el líder era ya un hombre anciano y murió al año siguiente. Si bien se hizo cargo del gobierno la vicepresidenta electa —su esposa, María Estela Martínez—, en 1976 un nuevo golpe de Estado sacudió a la Argentina.

Durante esas dos décadas todas las fórmulas políticas que se ensayaron, fracasaron, y la inestabilidad y la crisis política fueron las características dominantes de la época. Con la inestabilidad aumentó la violencia, proliferaron las protestas, los

enfrentamientos y la represión. El país parecía empujado en una serie de conflictos políticos que no tenían solución. Sin embargo, durante esos años tensos y conflictivos, la sociedad argentina se transformó: cambiaron las costumbres y las relaciones sociales. La Argentina de aquellos años fue una incógnita para muchos investigadores sociales, del país y del extranjero: ¿cómo pudo Perón mantener durante tanto tiempo y a tanta distancia su influencia en la política argentina? ¿Cómo explicar tanta inestabilidad? ¿Cómo fue posible que una sociedad moderna, urbanizada, con una población de alto nivel educativo y una economía cada vez más industrializada no pudiera vivir respetando la ley? ¿Por qué la violencia pudo impregnar la vida política y social? ¿Qué consecuencias produjeron la inestabilidad y la violencia sobre la sociedad argentina? ¿Cómo influyeron tantos años de crisis y enfrentamientos sobre las ideas, las creencias y los valores de los argentinos? Estas preguntas no tienen una única respuesta, sino muchas. Trataremos de acercarnos a ellas.

Peronismo y antiperonismo

El golpe de Estado de 1955 fue recibido con gran entusiasmo por amplios sectores de la sociedad, en especial la clase media. Estos sectores estaban impregnados por un intenso sentimiento antiperonista y percibieron el golpe como un regreso a la democracia. Mientras tanto, el desánimo ganaba a los sectores obreros que veían en el gobierno militar una amenaza a las conquistas sociales logradas y el fin de la justicia social proclamada por el peronismo. La sociedad estaba dividida y cada parte privilegiaba valores diferentes. De esta manera, la profunda división que recorría la sociedad desde 1945 se acentuó mucho más y el país aparecía dividido en dos bandos irreconciliables.

El gobierno surgido del golpe militar de 1955 estaba apoyado por una amplia coalición de grupos de orientación muy diferente, unidos por su oposición a Perón. Esta heterogeneidad se manifestó inmediatamente en el gobierno militar. Por un lado, el general Lonardi —a cargo de la presidencia— y los grupos nacionalistas y católicos buscaban llegar a un acuerdo con el peronismo, pero excluyendo a Perón; por otro lado, los sectores militares de ideas liberales, apoyados en sectores conservadores, radicales y socialistas, eran fervientemente antiperonistas y se oponían a cualquier acuerdo. Estas diferencias no tardaron en estallar y, en noviembre de 1955, Lonardi fue desplazado por el ala liberal del gobierno. El general Pedro Eugenio Aramburu asumió la presidencia y el almirante Isaac Francisco Rojas, la vicepresidencia.

El nuevo gobierno militar adoptó una política económica que favorecía a los sectores exportadores y buscaba atraer la inversión de capitales extranjeros. También abolió muchas de las conquistas sociales de la época peronista y en las fábricas se impuso una nueva disciplina laboral favorable a las empresas. Asimismo, la intervención militar a los sindicatos buscaba favorecer el surgimiento de una dirigencia sindical antiperonista. Pero el gobierno militar se había propuesto acabar con el peronismo y erradicarlo de la vida política argentina. Así, se decretó la proscripción del partido peronista; se demolieron monumentos de Perón y Evita y se cambiaron nombres de calles, provincias y edificios, y el solo hecho de nombrar a Perón se convirtió en un delito.

Sin embargo, esta política de “desperonización” de la sociedad no tuvo los resultados que se busca-

ban. En junio de 1956, el general Juan José Valle y pequeños grupos de militares y civiles intentaron organizar un levantamiento para restaurar el gobierno peronista; pero la conspiración fue descubierta y sus líderes detenidos, exiliados o directamente fusilados sin juicio previo. Mientras tanto, Perón exiliado, se convertía en un símbolo para sus seguidores, que atacaban al gobierno militar por medio de huelgas, manifestaciones, sabotajes a la producción y a los transportes y toda clase de atentados. Estas acciones, que se conocieron como “la resistencia peronista”, eran atomizadas y poco coordinadas, pero expresaban la postura política de una parte muy amplia de la sociedad. Como la política oficial amenazaba las conquistas sociales, los trabajadores esperaban el regreso de Perón y esta esperanza se expresaba en una consigna: “Perón vuelve”. Esa experiencia de represión y resistencia, forjó en los trabajadores una nostalgia por los períodos de gobiernos peronistas y reforzó su identificación con este movimiento.



La campaña antiperonista incluyó el secuestro y la desaparición de los restos embalsamados de Eva Duarte de Perón que desde su muerte reposaban en el edificio de la CGT. A partir de entonces, no se supo dónde estaban. Siguiendo órdenes del gobierno militar, el cuerpo de Evita fue retirado del edificio; de allí fue trasladado en secreto a diversas unidades militares y casas particulares, hasta ser sepultado en forma clandestina en Italia. Fue recién en 1972 que el gobierno militar del general Lanusse devolvió el cuerpo a su viudo, todavía exiliado en Madrid. Actualmente, los restos de Eva Perón reposan en el cementerio de la Recoleta.

Los argentinos divididos por el presente y el pasado

El gobierno militar que dominó en el país entre 1955 y 1958 se llamó a sí mismo “Revolución Libertadora”, porque equiparó el derrocamiento de Perón con la campaña de Urquiza contra Rosas, en 1853. Por eso, la propaganda oficial designaba al régimen peronista como “la segunda tiranía” y el general Lonardi adoptó el mismo lema que Urquiza había proclamado después de su triunfo en la batalla de Caseros: “*Ni vencedores ni vencidos*”.

El gobierno de la “Revolución Libertadora” se declaraba heredero de una línea histórica que provenía de la Revolución de Mayo y continuaba con la batalla de Caseros. Los sectores peronistas en cambio, fueron adhiriendo a lo que se denominó la visión

revisionista de la historia, que reivindicaba la figura de Rosas, y proclamaron una línea histórica que se expresaba en una trilogía: “San Martín-Rosas-Perón”.

A partir de 1955, los debates históricos, que desde los años 20 apasionaban a los argentinos, aumentaron y se convirtieron en herramientas centrales de la lucha política. La utilización de la historia como arma para el debate político del presente enardecía los sentimientos y tenía profundas consecuencias: cada bando se veía a sí mismo como el auténtico representante de la nación y presentaba a sus adversarios como enemigos de la patria. La sociedad no solo estaba profundamente dividida, sino que creía que esa división recorría toda la historia del país.

La búsqueda de una salida institucional



Carteles de propaganda de la Unión Cívica Radical Intransigente durante la campaña electoral, cuyo candidato era el Dr. Arturo Frondizi.

Perón había sido derrocado y estaba exiliado, pero ¿qué hacer con el peronismo? En el radicalismo, la crisis estalló muy pronto y el viejo partido se dividió en dos: la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), dirigida por Ricardo Balbín e integrada por los radicales más antiperonistas; y la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), liderada por Arturo Frondizi, que representaba a los sectores que buscaban un acuerdo con el peronismo. Una división semejante tuvo lugar en el socialismo, en el conservadurismo y también entre los militares, ya que habían retornado a las filas los desplazados durante el peronismo. Estos grupos militares, decididamente antiperonistas, fueron conocidos popularmente como “gorilas”.

El gobierno militar, mientras tanto, buscaba una fórmula política que permitiera gobernar el país sin el peronismo. Así, derogó la Constitución de 1949 y reestableció por decreto la vigencia de la Constitución de 1853. En 1957, convocó a elecciones para reunir una Convención Constituyente que reformara la Constitución de 1853 y que permitiera, además, conocer el apoyo electoral de cada parti-

do. Pero como no se permitió la participación del peronismo, Perón, desde el exilio, instó a sus seguidores a votar en blanco. Las elecciones demostraron la fuerza que conservaba el peronismo, pues votaron en blanco el 24 % de los ciudadanos, un porcentaje que ninguno de los demás partidos pudo superar. Este hecho y las crecientes divisiones dentro del campo antiperonista determinaron que la Convención Constituyente solo pudiera aprobar el artículo 14 bis, que establecía los derechos sociales.

Al año siguiente, el gobierno militar debió convocar a elecciones generales y nuevamente se prohibió que el peronismo participara con sus candidatos. En esas condiciones, la UCRI llegó a un acuerdo con Perón y Frondizi fue electo presidente con el 44 % de los votos. La “Revolución Libertadora”, que había pretendido acabar con el peronismo en la política argentina, debía entregar el gobierno a un presidente elegido con el apoyo peronista. Perón —aún exiliado y proscripto— mantenía una importante influencia política. En cambio, la coalición de fuerzas sociales y políticas, que, en 1955, integraban el bando antiperonista y habían apoyado o simpatizado con el golpe, estaba dividida y fragmentada.



El presidente electo Arturo Frondizi, en compañía del Gral. Arturo Ossorio Arana y del brigadier Juan Bedoya, se dirige por la Avenida de Mayo a la Casa de Gobierno, donde asumió su cargo el 1° de mayo de 1958

Fron-dizi y el desarrollismo

Fron-dizi llegó al gobierno en 1958 apoyado por un conjunto de fuerzas muy diversas que abarcaban desde el sector del radicalismo, que él lideraba, hasta el peronismo y el comunismo. Además, Fron-dizi aparecía para muchos sectores—en especial intelectuales y estudiantiles— como la esperanza de un gobierno que afirmara la democracia, modernizara el país y superara el enfrentamiento entre el peronismo y el antiperonismo.

Una vez en la presidencia, Fron-dizi intentó desarrollar una propuesta novedosa, a la que llamó *desarrollismo*, que proponía una profunda transformación de la Argentina para que el país saliera del subdesarrollo. En el plano económico, esta política pretendía impulsar un crecimiento industrial acelerado que abarcara también a las industrias básicas. Para ello, favoreció las inversiones extranjeras en sectores clave como la producción de automotores, el petróleo y la siderurgia, alejándose de sus anteriores posturas nacionalistas. A su vez, estableció acuerdos con los organismos financieros internacionales para combatir la inflación. En el plano social, restableció la CGT, y una ley de Asociaciones Profesionales permitió la reorganización de grandes sindicatos. El gobierno desarrollista buscaba integrar al peronismo a la vida política y ganarse su apoyo, pero, al mismo tiempo, trataba de reducir la influencia de Perón.

Fron-dizi estaba sometido a una constante presión: por un lado, el peronismo le exigía levantar la proscripción; por otro lado, en las Fuerzas Armadas predominaban los sectores antiperonistas que le impedían la legalización del peronismo y el retorno de Perón. Así, el gobierno desarrollista terminó enfrentado con unos y con otros. Además, era hostigado por el principal partido de la oposición —la UCRP— y, a su vez, perdió el apoyo de gran parte de los sectores intelectuales y juveniles que le criticaban su política económica, favorable a los capitales extranjeros, y su política educativa, que favorecía a la enseñanza privada.

En 1962, para las elecciones de gobernadores, el gobierno permitió la presentación de candidatos peronistas y esos candidatos ganaron en ocho de las catorce provincias, incluida la de Buenos Aires. Frente a este hecho, la presión militar fue incontrolable: las elecciones fueron anuladas y tras un nuevo golpe de Estado Fron-dizi fue depuesto y detenido. Para las Fuerzas Armadas, los resultados de la gestión de Fron-dizi eran intolerables: el peronismo volvía a ganar las elecciones, lo que consideraban un fracaso de la política “integradora” de Fron-dizi. Además, la consideraban peligrosa, pues en plena “guerra fría”, el peronismo aparecía en estas elecciones cercano a los grupos izquierdistas.

¿Qué opinan los historiadores?



Fuerzas armadas en el derrocamiento del presidente Fron-dizi.

Robert Potash es un historiador norteamericano especializado en temas militares. Así explica la caída de Fron-dizi:

“...El colapso del gobierno de Fron-dizi destruyó las esperanzas que existieron alguna vez en cuanto a que la presencia de un presidente civil elegido por el pueblo iniciaría un prolongado período de régimen constitucional (...) Los acontecimientos revelaron que el abismo entre peronistas y antiperonistas —escisión que afectaba por igual a civiles y militares— era demasiado grande para que las medidas políticas y las promesas del gobierno de Fron-dizi pudieran superarlo. A pesar de sus indudables dotes de político, Arturo Fron-dizi fracasó en su intento de destruir el arraigo de Perón en las clases trabajadoras, exacerbó los temores de los antiperonistas y en el proceso consiguió desmoralizar a elementos que no pertenecían ni a uno ni a otro sector...”

El ejército y la política en la Argentina, 1945-1952. De Perón a Fron-dizi. Buenos Aires, Sudamericana, 1981.

• ¿Cómo explica este autor el fracaso del gobierno desarrollista? Marcá las ideas que te parecen más importantes.



Fron-dizi con rectores de universidades privadas, en agosto de 1958. Fron-dizi se había ganado la adhesión de amplios sectores de las capas medias —especialmente la juventud estudiantil y los intelectuales—, pero su política educativa provocó una aguda disputa que dividió al país entre los partidarios de la escuela sin formación religiosa (escuela “laica”) y los que defendían el derecho a brindar esa formación.

Una sociedad que cambia



El crecimiento de la industria automotriz, impulsado por la instalación de empresas norteamericanas, francesas e italianas, fue muy importante en la década del 60. Así, se formaron grandes complejos industriales, entre los que se destacaron las fábricas de automotores. El ferrocarril fue perdiendo importancia como medio de transporte y su lugar pasó a ser ocupado por camiones y automóviles.

Mientras la crisis política sacudía a la Argentina, la fisonomía de la sociedad iba cambiando. Las nuevas actividades económicas que se desplegaban aumentaron la influencia de algunos sectores sociales e hicieron que surgieran otros.

El crecimiento industrial no se concentró solo en el área metropolitana y nuevos y modernos complejos fabriles se instalaron en Córdoba y a lo largo de la costa del Paraná, desde Rosario hasta La Plata. Esto hizo que la clase trabajadora creciera en número y que sus organizaciones sindicales se fortalecieran. En las grandes fábricas metalúrgicas, automotrices y siderúrgicas, que concentraban miles de obreros, se introdujeron nuevas técnicas y modos de organizar el trabajo, lo que requería establecer acuerdos entre empresarios y trabajadores:

A su vez, la modernización de la economía tenía repercusiones en el sindicalismo, porque el papel decisivo ya no era de los viejos sindicatos de trabajadores textiles o ferroviarios, sino de otros que representaban a los que trabajaban en las nuevas industrias, como la Unión Obrera Metalúrgica y los sindicatos de mecánicos. La legislación sindical del gobierno de Frondizi retomó algunas de las características de la época peronista y permitió la existencia de grandes sindicatos únicos, organizados por cada rama de la producción y agrupados en una sola central. Estos poderosos sindicatos desarrollaron, además, todo tipo de actividades sociales, ocupándose especialmente de la salud, la recreación y las actividades de turismo de sus afiliados. De esta forma, se expandieron notablemente sus influencias entre los trabajadores y los dirigentes sindicales se convirtieron en grupos muy influyentes. Los sindicatos continuaban la política del Estado durante el

peronismo y como este estaba proscripto, se transformaron, al mismo tiempo, en la representación sindical y política de los trabajadores y en el principal bastión del peronismo.

Estos cambios también modificaron las características del empresariado. Las nuevas empresas variaron sus hábitos de gestión por la influencia de las empresas extranjeras y se incorporó al panorama social un nuevo grupo: los ejecutivos, es decir, personas altamente calificadas, especializadas en el manejo de empresas; de esta forma, las antiguas empresas familiares adoptaron una organización más moderna. Del mismo modo, todos los grupos profesionales e intelectuales cobraron mayor importancia en la vida social.

Estos cambios estaban relacionados con las transformaciones en el ámbito de la educación. Durante la época peronista se había ampliado enormemente el número de alumnos en el nivel primario y secundario. A partir de 1955, los hijos de los sectores medios, que habían recibido educación secundaria, reclamaban un lugar en la universidad que, hasta entonces, había sido bastante restringido. Por entonces, se inició un proceso de ampliación de la educación universitaria y los estudiantes adquirieron un protagonismo mucho mayor en la vida social. Este protagonismo no fue solo el resultado del crecimiento en el número de estudiantes; además, fue importante que, después de 1955, las universidades recobraran su autonomía, es decir, la capacidad para gobernarse a sí mismas, sin intervención del Estado y eligiendo sus propias autoridades. Ello contribuyó a una intensa politización de la vida universitaria.

Los cambios en la organización económica contribuyeron a que muchos sectores sociales mejoraran su nivel de vida y pudieran adquirir nuevos productos. De esta forma, se expandieron las industrias que producían los llamados "artículos para el hogar": televisores, heladeras, licuadoras, tocadiscos, y toda una serie de productos se incorporaron a la vida hogareña. Cambiaban así, aceleradamente, muchos hábitos de consumo y muchas costumbres de la sociedad: la Argentina se transformaba en una sociedad de consumo.



Una crisis permanente

El golpe de Estado de 1962, que depuso al gobierno de Frondizi, se había producido con el apoyo de los sectores políticos contrarios al peronismo y al desarrollismo. Formalmente, el poder pasó al presidente del Senado, José M. Guido, hasta 1963, pero, en realidad, era ejercido por las Fuerzas Armadas. Sin embargo, esta salida no pudo estabilizarse, pues también se dividió el Ejército. Dos tendencias se enfrentaron: una, conocida como “los colorados”, pretendía imponer un gobierno militar mientras no se pudiera erradicar al peronismo y terminar con el poder de los sindicatos peronistas; la otra, “los azules”, deseaba alejar a las Fuerzas Armadas del gobierno directo, para restablecer la disciplina militar y evitar las divisiones internas. Entre septiembre de 1962 y abril de 1963, se produjeron varios enfrentamientos armados que culminaron con el triunfo de “los azules”. Su jefe, el general Juan Carlos Onganía, fue designado Comandante en Jefe del Ejército.

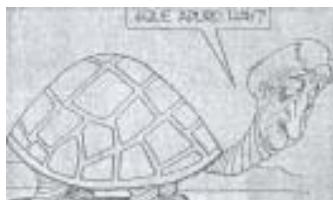
La situación política parecía no tener salida. Las Fuerzas Armadas no podían gobernar por causa de sus divisiones internas y debieron convocar a elecciones, pero a la alianza electoral que formó el peronismo se le prohibió presentar candidatos a presidente o gobernador. De este modo, el peronismo y el desarrollismo llamaron a votar en blanco. En estas condiciones, el triunfo correspondió a la UCRP. Pero el nuevo presidente, el Dr. Arturo Illia, llegaba al gobierno con sólo el 23 % de los votos.



El gobierno de Illia

El gobierno de Illia (1963-1966) restableció la plena vigencia de las libertades públicas, que durante años habían estado restringidas. A su vez, rectificó algunas de las políticas de Frondizi, en especial las concesiones realizadas a las empresas extranjeras para la explotación petrolera. Pero la debilidad del gobierno se acentuaba por la cantidad de sectores que se le oponían: las Fuerzas Armadas rechazaban un gobierno al que consideraban débil y falto de autoridad; los sindicatos, dominados por el peronismo, acentuaron su oposición y llevaron a cabo huelgas y ocupaciones de fábricas; los empresarios reclamaban una política más favorable a sus inversiones; la Iglesia no le perdonaba al radicalismo su apoyo a la escuela laica; y las relaciones con los Estados Unidos eran tensas, pues el gobierno de Illia no apoyaba su política de intervención en los países latinoamericanos. Perón, por su parte, intentó regresar al país, pero el gobierno hizo detener su avión en Río de Janeiro, Brasil.

El aislamiento del gobierno de Illia era completo y la prensa lo acrecentó por medio de una campaña que ridiculizaba al Presidente y reclamaba la instalación de un gobierno fuerte. En estas condiciones, el 28 de junio de 1966 se produjo un nuevo golpe de Estado que llevó al poder al general Juan C. Onganía. El golpe no constituyó una sorpresa pues se estaba anunciando desde hacía meses y se impuso sin encontrar resistencia.



Caricatura en contra de Illia, por Flax.



¿Qué opinan los protagonistas?

El 28 de junio de 1966, el presidente Illia mantuvo el siguiente diálogo con el general Alzogaray y con el coronel Perlinger cuando fueron a desalojarlo de la Casa Rosada:

“Presidente: ¿Que es lo que quiere?”

General: Vengo a cumplir órdenes del Comandante en Jefe...

Presidente: El Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas soy yo; mi autoridad mana de esa Constitución que nosotros hemos cumplido y que usted ha jurado cumplir. A lo sumo, usted es un general sublevado que engaña a sus soldados y se aprovecha de la juventud que no quiere ni siente esto.

General: En representación de las Fuerzas Armadas vengo a pedirle que abandone este despacho. La escolta de granaderos lo acompañará”.

Presidente: Usted no representa a las Fuerzas Armadas. Solo representa a un grupo de insurrectos. Usted, además, es un usurpador que se vale de la fuerza de los cañones y de los soldados de la Constitución para desatar la fuerza contra el pueblo. Usted y quienes lo acompañan actúan como salteadores nocturnos que, como los bandidos, aparecen de madrugada...

General: Con el fin de evitar actos de violencia lo invito nuevamente a que haga abandono de la Casa.

Presidente: ¿De qué violencia me habla? La violencia la acaban de desatar ustedes en la República (...) El país les recriminará siempre esta usurpación, y hasta dudo de que sus propias conciencias puedan explicar lo hecho...

Coronel: ¡Usaremos la fuerza!

Presidente: ¡Es lo único que tienen!...”

Revista “Inédito”, 21 de junio de 1967

La “Revolución Argentina” un proyecto autoritario

Para entender esta vertiginosa sucesión de conflictos, es preciso tener en cuenta que entre 1955 y 1966 el país no pudo encontrar una fórmula política estable. La crisis permanente llevó a la división de todos los partidos políticos que se desprestigiaron ante la población. En pocos años, se había vivido bajo gobiernos ilegales surgidos de golpes de Estado o bajo gobiernos legales pero ilegítimos, pues amplios sectores de la sociedad no estaban representados libremente. La utilización de la fuerza en la política se había hecho frecuente y cada vez más habitual. Estas circunstancias hicieron que en gran parte de la sociedad predominara un sentimiento de descreimiento hacia la democracia. Muchos sectores la consideraban como la causa de las divisiones y enfrentamientos; otros, la rechazaban porque no estaban incluidos en ella; y otros, creían que la democracia era un sistema incapaz de permitir soluciones de fondo. En consecuencia, las Fuerzas Armadas intervenían en la vida política como si fueran un partido más y esta situación era admitida por todas las fuerzas políticas.

Los que habían puesto sus esperanzas en la “Revolución Libertadora”, comprobaban que el peronismo continuaba vigente. Los que habían creído que con Frondizi se iba a superar el enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas, descreían del desarrollismo. Los que habían apoyado a Illia, veían la debilidad de la democracia frente a los grupos de poder. Los que añoraban el regreso de Perón, sentían que la perspectiva se alejaba cada vez más.

Los partidos políticos eran cada vez más débiles, pero otras instituciones se fortalecían. La CGT y los sindicatos habían recuperado gran parte de su poder y algunos de sus dirigentes —como Augusto Vandor— intentaron disputar la conducción del peronismo al propio Perón. Las asociaciones empresarias se habían convertido en importantes grupos de poder con gran influencia en el Estado. Y las Fuerzas Armadas habían logrado recuperar su unidad y reconocían a Onganía como líder.

Estas condiciones ayudan a entender por qué se produjo un nuevo golpe de Estado en 1966 y por qué la mayor parte de la sociedad fue indiferente. Por eso, el golpe militar del año 66 no se proclamó como un gobierno provisional, pues las Fuerzas Armadas habían llegado a la conclusión de que no solo era necesario acabar con el peronismo, sino con el conjunto de los partidos políticos. Esta vez, los militares no asumieron el poder para desplazar un gobierno y convocar a nuevas elecciones, sino que se proponían anular la vida política por varios años. El gobierno militar se llamó a sí mismo “Revolución Argentina”, expresando de esta manera que quería producir cambios de fondo en la sociedad argentina.



“La noche de los bastones largos” Con este nombre se conoció la noche en que el gobierno militar intervino la Universidad de Buenos Aires. Esto provocó el despido o la renuncia masiva de los mejores científicos y acabó con la autonomía universitaria. Desde el comienzo del régimen militar, la Universidad le presentó una resistencia firme.

El gobierno de Onganía (1966-1970) estableció un sistema férreamente autoritario en el cual no tenían cabida ni los partidos políticos ni el Congreso. Para Onganía, la participación de los ciudadanos debía hacerse efectiva solo a nivel municipal y a través de asociaciones vecinales o por medio de sindicatos y corporaciones empresarias, siempre que no actuaran en política. La Universidad fue intervenida, la persecución ideológica se desplegó sobre la vida cultural y se intentó controlar la vida cotidiana de modo policial. El gobierno consideraba que para restablecer el orden era necesario restaurar el respeto por las jerarquías.

Por otro lado, acentuó las políticas para lograr una modernización acelerada de la economía. Esas políticas favorecieron las inversiones extranjeras y la formación de grandes complejos industriales, pero provocaron la ruina de muchos pequeños y medianos empresarios —especialmente en las provincias— y el traspaso de muchas empresas nacionales a capitales extranjeros. El gobierno de Onganía estaba influido por el clima de la “guerra fría” y por ello buscó no solo de establecer una firme alianza con los Estados Unidos, sino que transformó la lucha contra el comunismo en un objetivo central, englobando en esta persecución a la mayor parte de las ideas de oposición.



El autoritarismo se manifestó también en la persecución policial a los muchachos que usaran el pelo largo o a las chicas que llevaran minifaldas. En una época en la cual nuevas ideas sacudían las costumbres, las modas y los hábitos, el gobierno de Onganía trataba de evitarlas.

Una sociedad en tensión

El gobierno de Onganía pretendió asegurar el orden impidiendo la vida política. A diferencia del golpe de 1955, que había excluido al peronismo de toda participación política, este gobierno militar lo hizo con el conjunto de la sociedad. Se creó, de este modo, una nueva situación en la cual peronistas y antiperonistas se vieron afectados por problemas semejantes y ambos bandos quedaron enfrentados al régimen militar. De esta forma, la política del gobierno militar concentraba las decisiones y los beneficios en grupos muy reducidos y minoritarios, y sectores sociales cada vez más amplios quedaron excluidos de toda forma de participación y se sintieron perjudicados por el gobierno militar.

El “Cordobazo”

La aparente calma que el gobierno militar había impuesto en 1966, llegó bruscamente a su fin: el 29 de mayo de 1969, una rebelión popular sacudió a Córdoba y al régimen de Onganía. La ciudad era el polo industrial más dinámico del interior y su Universidad era una de las más importantes. En los días previos, el clima se había vuelto muy tenso, pues a las huelgas y asambleas fabriles se sumaron las manifestaciones callejeras de los estudiantes en repudio a la represión que en otras provincias había causado varias muertes. El 29 de mayo, la huelga y la movilización general convocadas por los gremios contó con una gran adhesión, en particular en las plantas automotrices y en la Universidad. Las manifestaciones que recorrían las calles se convirtieron rápidamente en una demostración antigubernamental y no pudieron ser contenidas por la represión policial. Los manifestantes, con la simpatía de la población, forzaron a la policía a retirarse y se adueñaron de las calles hasta que el ejército ocupó la ciudad. La violenta jornada dejó un saldo de grandes destrozos, decenas de muertos y gran cantidad de detenidos.

El “Cordobazo” —como se denominó a este día— conmovió profundamente la conciencia colectiva y, a partir de él, salieron a la luz y a la discusión pública los procesos que se estaban produciendo. Con el estallido del “Cordobazo” pareció borrar el conflicto entre peronistas y antiperonistas, pues en la rebelión participaron conjuntamente sectores muy diferentes. Trabajadores y estudiantes, que desde 1945 habían estado enfrentados, fueron sus principales protagonistas. A su vez, tuvieron activa participación agrupaciones políticas de muy diverso origen: peronistas, radicales, de izquierda y pertenecientes al catolicismo. De esta manera, grupos que durante años estuvieron enfrentados coincidieron en su oposición al gobierno militar. Mientras tanto, las imágenes de Perón y del peronismo se modificaron y comenzaron a atraer a parte de los sectores medios que durante su gobierno se le habían opuesto.

El “Cordobazo” inició la crisis del orden autoritario impuesto por el gobierno de Onganía. La actividad política volvió a salir a la luz. Los diferentes grupos de la sociedad expresaban reclamos muy distintos, pero todos cuestionaban el autoritarismo militar. A su vez, puso de manifiesto que el movimiento sindical también estaba cambiando. Hasta entonces, las organizaciones sindicales estaban divididas en dos centrales obreras con orientaciones opuestas. Por un lado, los dirigentes de la CGT nacional y de los sindicatos más importantes habían adoptado el “participacionismo”, una política que se inclinaba a buscar acuerdos con el gobierno militar. Por otro lado, la “CGT de los argentinos” agrupaba sindicatos menores y a un conjunto de agrupaciones peronistas, radicales, católicas y de izquierda que se oponían al gobierno militar y a la CGT nacional. A partir del “Cordobazo” y de la crisis del gobierno de Onganía, la CGT nacional pasó a oponerse al gobierno, mientras que la influencia de la otra central fue decayendo. Pero, en cambio, en muchos centros fabriles del interior, y especialmente en Córdoba, fue surgiendo una nueva tendencia sindical izquierdista, el “clasismo”, que buscaba apartar a los trabajadores de su adhesión al peronismo. Al mismo tiempo, un nuevo fenómeno surgió en el panorama político: la aparición de grupos que buscaban llegar al poder por métodos violentos y producir una transformación revolucionaria de la sociedad.





¿Qué opinan
los protagonistas?



Así describió el “Cordobazo” Agustín Tosco, dirigente del Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, y uno de los más importantes líderes sindicales cordobeses de la época, opuesto a la CGT nacional:

“...Los obreros mecánicos realizan una asamblea y a la salida al ser reprimidos defienden sus derechos en una verdadera batalla campal en el centro de la ciudad, el día 14 de mayo (...) Se paraliza totalmente la ciudad el día 16 de mayo. Nadie trabaja. Todos protestan. El gobierno reprime. En otros lugares del país, estallan conflictos estudiantiles por las privatizaciones de los comedores universitarios (...) El día 21, se concreta un paro general de estudiantes (...) El día 23 de mayo, es ocupado el Barrio Clínicas por los estudiantes (...) El día 26 de mayo el movimiento obrero de Córdoba, por medio de dos plenarios realizados, resuelve un paro general de actividades de 37 horas a partir de las 11 horas del 29 de mayo y con abandono de trabajo y concentraciones públicas de protesta. Los estudiantes adhieren en todo a las resoluciones de ambas CGT. Todo se prepara para el gran paro. La indignación es pública, notoria y elocuente en todos los estratos de la sociedad. No hay espontaneísmo. Ni improvisación. Ni grupos extraños a las resoluciones adoptadas (...) El día 29 amanece tenso (...) las columnas de los trabajadores de las fábricas de la industria automotriz van llegando a la ciudad. Son atacadas y se intenta dispersarlas. El comercio cierra sus puertas y las calles se van llenando de gente. Corre la noticia de la muerte de un compañero, era Máximo Mesa, del Sindicato de Mecánicos. Se produce el estallido popular, la rebelión contra tantas injusticias, contra los asesinatos, contra los atropellos. La policía retrocede. Nadie controla la situación. Es el Pueblo. Son las bases sindicales y estudiantiles que luchan enardecidas. Todos ayudan. El apoyo total de toda la población se da tanto en el centro como en los barrios...”

Así describe los hechos, quien entonces era el Comandante en Jefe del Ejército, Alejandro Lanusse:

...“Yo intuía ese difícil 29 de mayo de 1969, que algo estaba pasando en el país, algo nuevo cuya singularidad trataba de precisar dentro del marco de preocupaciones mayores. No podía saber en qué terminaría aquello (...) Esa mañana, en Córdoba, reventaba todo el estilo ordenado y administrativo que se había venido dando a la gestión oficial. Durante tres años el país estuvo gobernado con cierta facilidad (...) Pero el 29 de mayo de 1969 comenzó a ser puesto a prueba todo el esquema vigente (...) Los jóvenes que no pudieron hacer política pretendían, infructuosamente, desarrollarla en las aulas y en los locales partidarios. Terminaron atorando de política las distintas instituciones del país, incluyendo a la Iglesia Católica (...) Apareció una oposición dura, agresiva y a poco de andar violenta (...) Con el «Cordobazo», saltaron a la mesa desde la presencia de Dios y de su Iglesia en los problemas temporales hasta la crisis del autoritarismo, la resistencia a Buenos Aires la protesta de los radicales, la explosión de los barrios peronistas, la repugnancia al corporativismo, la vocación protagónica de los argentinos y, por supuesto, la actividad de núcleos subversivos que encontraron allí óptimas condiciones para salir a escena (...) La situación, en Córdoba, se fue haciendo más difícil cada minuto. A esa altura de la jornada, los obreros de la Industria automotriz y de Luz y Fuerza ya estaban tratando de llegar a la plaza General Paz. Las bombas de gases lacrimógenos habían comenzado a estallar a las once y cuarto de la mañana. Grupos de trabajadores hacían oír sus estruendos; en el centro estudiantes y abogados se adueñaron del Palacio de Justicia. Columnas de eufóricos manifestantes — que parecían ir inventando nuevos cantos para cada momento — eran aplaudidas tanto en los barrios populares como en las zonas más residenciales de la ciudad. Había, sin duda, mucha simpatía espontánea de la población, pero yo no tengo duda de que el episodio contó con organizadores tan hábiles como precisos. Estos, por lo demás, lo han reconocido.

Al mediodía aparecieron las primeras fogatas y barricadas. En algunos sectores de la ciudad, la policía estaba retrocediendo. Era evidente que la población cordobesa se mostraba enfurecida contra el gobierno provincial y, por extensión, contra el gobierno nacional, pero los motivos que tenía cada uno de los sectores para indignarse estaban lejos de ser los mismos (...) Los piquetes subversivos mostraron una gran eficacia, pero también se apreciaba la movilización de grupos totalmente ajenos a la subversión y, en especial, de los aparatos del radicalismo y de la estructura sindical...”

*Compará las versiones de estos dos protagonistas ¿en qué aspectos podés señalar coincidencias?; ¿en cuáles difieren?; ¿qué significado otorga cada uno a los sucesos?

Protesta social y violencia política

Estos procesos no eran exclusivos de Córdoba, pero allí ocurrieron con mayor intensidad. A partir del “Cordobazo” el país vivió una ola de movilizaciones sociales y protestas de todo tipo. En el ámbito laboral, se incrementaron las huelgas y creció la influencia del sindicalismo. Pero las movilizaciones sociales abarcaron también a otros sectores de la población, especialmente a los estudiantes. Sin instituciones políticas que pudieran canalizar estos reclamos, las protestas se transformaban rápidamente en repudio abierto al gobierno militar.

Junto con la protesta social, la utilización de la violencia se convirtió en un fenómeno cada vez más frecuente. Su manifestación más extrema fue el surgimiento de la guerrilla: una serie de grupos armados que actuaban clandestinamente y buscaban acceder al poder mediante acciones terroristas. Grupos juveniles provenientes del catolicismo, del peronismo, del radicalismo y de los partidos de izquierda tomaron este camino. Los más importantes fueron los Montoneros y el llamado Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Sus métodos eran semejantes (atentados terroristas, secuestros de empresarios, ataques a unidades militares y empresas extranjeras), pero su orientación era distinta. Ambos grupos compartían la convicción de que la revolución social era necesaria e inmediata, pero mientras los Montoneros se identificaban con el peronismo y buscaban forzar el regreso de Perón, el ERP no aceptaba su liderazgo y postulaba una revolución socialista.

Amplios sectores juveniles eran influenciados por los sucesos mundiales, en especial por la Revolución Cubana. La atracción de la figura de Ernesto “Che” Guevara —muerto en Bolivia en 1967— tuvo una importancia decisiva y diferentes grupos adoptaron su figura como un símbolo. El clima contestatario que recorría el mundo a fines de la década del 60, desde Francia a los Estados Unidos, se manifestaba como un repudio juvenil a la autoridad. Pero la utilización de la violencia en nuestro país no era un fenómeno exclusivamente juvenil ni era una novedad completa. La novedad residía en la amplitud del fenómeno, en su combinación con un clima generalizado de movilización social y en la formación de grupos políticos organizados en forma militar.



La rebeldía se expresó en la cultura de formas muy diversas. Se difundió la noción de que el artista debía estar “comprometido con el pueblo” y esta concepción produjo las llamadas “canciones de protesta” y la “literatura de compromiso”. La rebeldía juvenil también se manifestó en la popularidad creciente del “rock” y en la masividad de los recitales.



Afiche de la película ‘Z’, dirigida por Costa Gavras e interpretada por Ives Montand e Irene Papas. El film desarrolla una trama relacionada con el llamado Gobierno de los Coroneles, que impuso una dictadura en Grecia. La exhibición de la película provocó manifestaciones del público en contra del gobierno de Onganía.

La descomposición del gobierno militar

Después del “Cordobazo”, mientras los partidos políticos reiniciaron su actividad y comenzaron a reclamar la convocatoria a elecciones, la violencia se incrementaba. En esas condiciones, afloraron las diferencias entre los sectores militares. El 8 de junio de 1970, Onganía fue desplazado por los jefes militares, que en su lugar designaron al general Roberto Marcelo Levingston (1970-1971). Este intentó reanimar el proyecto de la “Revolución Argentina”, pero su crisis era ya irremediable.

La protesta social se acentuó. Los enfrentamientos callejeros entre manifestantes y fuerzas de seguridad se generalizaron y hechos parecidos al “Cordobazo” se produjeron en otras provincias. La actividad guerrillera aumentaba y si en 1970 los grupos armados habían realizado unos 300 atentados, un año después este número se había duplicado y eran cada vez más audaces y violentos. Los partidos políticos recuperaron la iniciativa y, por primera vez, todos se unieron para redactar un documento conocido como *La Hora del Pueblo*. El conflicto con el gobierno militar pasaba así a primer plano, y partidos políticos que en los últimos años habían sido enemigos, reclamaban conjuntamente la realización de elecciones libres y sin proscripciones.

Una nueva rebelión en Córdoba, ocurrida en marzo de 1971 y protagonizada por los trabajadores mecánicos, volvió a acelerar los acontecimientos y se produjo un nuevo golpe de Estado. Levingston fue sustituido por el jefe del Ejército, el general Alejandro Agustín Lanusse (1971-1973). Lanusse decidió dar por terminada la llamada “Revolución Argentina”, iniciada en 1966, y anunció la próxima convocatoria a

elecciones. Pero antes, el gobierno militar debía resolver un problema pendiente desde 1955: ¿qué hacer con Perón y con el peronismo?

El objetivo de Lanusse era lograr un acuerdo entre los partidos políticos y las Fuerzas Armadas. Simultáneamente, se reformó la Constitución por decreto, estableciendo que si en la primera elección ningún candidato obtenía más del 50 % de los votos, habría una nueva elección entre los dos más votados; esta medida buscaba evitar el triunfo peronista tratando de que en la segunda vuelta electoral gran parte del electorado apoyara un candidato no peronista. A su vez, estableció condiciones a la presentación de candidatos, que buscaban desafiar a Perón y evitar su candidatura.

Desde el exilio, la estrategia de Perón se orientó a completar el aislamiento del gobierno militar y debilitarlo al máximo. Para ello, alentaba a todas las fuerzas que se le acercaban: políticos, empresarios y sindicalistas, y hasta grupos guerrilleros a quienes denominó las “formaciones especiales” del peronismo. Por fin, el 17 de noviembre de 1972, Perón regresó al país. Después de unos momentos de extrema tensión, pudo abandonar el aeropuerto y permanecer unos días en el país. Perón conformó, con otros partidos, el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), proclamó la candidatura de su delegado personal, Héctor José Cámpora, y regresó a España.

En las elecciones generales del 11 de marzo de 1973, el FREJULI triunfó pese a obtener el 49,5 % de los votos. El 25 de mayo, Cámpora asumió la presidencia y el peronismo volvió al gobierno.

¿Qué opinan los protagonistas?

Una violencia cada vez mayor

El 29 de mayo de 1970, los Montoneros secuestraron al general Aramburu y poco después lo asesinaron. Este y otros hechos semejantes, como el asesinato del dirigente metalúrgico, A. Vandor, o el de importantes empresarios, indicaban que la violencia política adquiriría mayor gravedad. La represión militar, por su parte, también se acentuaba; en agosto de 1972, los guerrilleros detenidos en el penal de Rawson se fugaron, pero dieciséis de ellos, que no pudieron escapar, fueron capturados y asesinados en una base militar en Trelew.

Así describe, el periodista Miguel Bonasso, el 17 de noviembre de 1972:

“A las tres, los villeros de Retiro intentan organizar una columna, pero los dispersan a la hora de marchar (...) Hay ancianos que caminan horas bajo la lluvia; espontáneos que se largan a cruzar el río de la Matanza con el agua al cuello; prácticos que convierten escaleras en puentes sobre esas aguas que dividen Ciudad General Belgrano del ansiado aeropuerto (...) La gente del Sur viene preparada: los de «sanidad» llevan brazaletes rojos; los abogados, verdes; las de seguridad, azules «Nada sin Perón», dicen los carteles de los sindicatos. “Perón o muerte», los de la Juventud...”

El presidente que no fue; Buenos Aires, Planeta, 1997.



La Argentina de 1973, entre pasiones y esperanzas

En 1973, el peronismo volvió al gobierno y pareció cerrarse el ciclo abierto en 1955; pero el país y el peronismo eran muy distintos, y tantos años de enfrentamientos y crisis política no habían pasado sin dejar sus huellas.

La imagen de Perón y del peronismo se habían transformado. Prácticamente, todos los sectores sociales aceptaban que Perón regresara definitivamente al país y lo reconocían como un actor válido e imprescindible de la política argentina; más aún, muchos eran los que pensaban que su intervención era la única posibilidad de recobrar la paz perdida. Los partidos políticos estaban de acuerdo con iniciar una etapa en la que no hubiera más proscripciones. A su vez, muchos sectores se acercaban al peronismo y lo apoyaban, y desde el exilio, Perón ejercía el liderazgo de un movimiento muy amplio y diverso en el que convergían grupos que tenían proyectos y objetivos opuestos.

Por un lado, estaban aquellos sectores que tradicionalmente habían apoyado al peronismo. Ellos esperaban que el gobierno pasara rápidamente de las manos de Cámpora a las de Perón. Esta era la posición de la mayor parte de los políticos peronistas y, sobre todo, de los dirigentes de los mayores sindicatos. Estos sectores proclamaban una adhesión incondicional a Perón y se denominaban “ortodoxos”, para destacar su fidelidad a los principios tradicionales del movimiento. Por otro lado, estaban los grupos juveniles que se habían acercado recientemente al peronismo y que habían constituido el sector más dinámico de la campaña que permitió el regreso de Perón y de la campaña electoral. Se trataba de un conglomerado de grupos diferentes que formaron la llamada “tendencia revolucionaria”, la que rápidamente pasó a ser dirigida por los Montoneros. Estos grupos pensaban que el gobierno de Cámpora debía ser el primer paso de un cambio revolucionario y no se contentaban con el regreso de Perón. Los grupos ortodoxos proclamaban que su objetivo era conformar lo que llamaban “la patria peronista” y veían a los miembros de la otra tendencia como “infiltrados” en el peronismo; los grupos revolucionarios, en cambio, proclamaban su pretensión de lograr una “patria socialista” y calificaban a los ortodoxos como “traidores” al peronismo. Eran dos proyectos opuestos y solo durante un tiempo pudieron coexistir. Sin embargo, estos dos grandes sectores tenían algo en común: eran conscientes de que Perón era un líder indiscutible, pero anciano y enfermo. Ambos proclamaban su lealtad al líder, mientras se disputaban el control del nuevo gobierno y esperaban heredar la conducción del movimiento peronista.

En consecuencia, la paz y la estabilidad no eran las únicas esperanzas que había. En gran parte de la sociedad se habían esparcido aspiraciones de cambios sociales profundos y durante años se habían acumulado reclamos y demandas que no habían sido satisfechos. Los principales partidos políticos incluían en sus plataformas electorales propuestas para reformar el sistema económico y social, y el peronismo había adoptado como consigna de la campaña electoral la de “Liberación o dependencia”. Estas ideas de cambio social estaban especialmente difundidas entre los sectores juveniles y estudiantiles.

A su vez, la inmensa mayoría de los trabajadores era peronista y esperaban que un gobierno peronista significara una época de prosperidad y justicia social. Los dirigentes sindicales se habían convertido en actores principales de la vida política, pero su influencia era cuestionada por el surgimiento de nuevas tendencias sindicales que pretendían disputarles la conducción de los sindicatos. De esta forma, la ola de huelgas y conflictos laborales, que había sacudido a muchas provincias a partir de 1973, se extendió al Gran Buenos Aires.

De este modo, el regreso del peronismo al gobierno implicaba aspiraciones y expectativas muy diferentes para los distintos sectores de la sociedad argentina. Estas diferencias se expresaban en proyectos enfrentados dentro del peronismo.

Entrega del mando del general Lanusse a
Héctor Cámpora. el 25 de mayo de 1973.



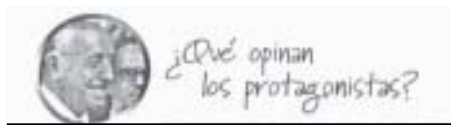
Cámpora en el gobierno

Los enfrentamientos entre las dos tendencias aumentaron después de que Cámpora asumió el gobierno. Durante el breve gobierno de Cámpora (de mayo a julio de 1973), una ola de movilizaciones sociales y de enfrentamientos políticos recorrió el país mientras todas las expectativas estaban puestas en el regreso definitivo del líder. Cada bando del peronismo esperaba tener el reconocimiento de Perón y el resto de la sociedad ansiaba que su regreso pusiera fin a los enfrentamientos. Además, y a pesar de que el gobierno de Cámpora había dictado una ley de amnistía que liberó a varios guerrilleros de las cárceles, el ERP anunció que continuaba la lucha armada hacia la conquista definitiva del poder.

Juan Domingo Perón regresó al país y se encontró con una sociedad tan tensa como esperanzada. En el multitudinario acto que se desarrolló en Ezeiza el 20 de junio, para recibirlo, podían reconocerse los rasgos que habían marcado la irrupción del peronismo en 1945: la presencia popular masivamente movilizada, el protagonismo de los sindicatos, las proclamas de lealtad al líder. Pero también podían reconocerse los nuevos componentes que el peronismo presentaba en 1973: la preponderancia juvenil en las movilizaciones y la irrupción de organizaciones armadas. Ese día, miles y miles de personas,

quizá millones, fueron a esperarlo. Había hombres y mujeres que afluían los lejanos días de su gobierno, junto a jóvenes que, en muchos casos, eran hijos de padres que habían sido fervientemente antiperonistas. Pero, ese día, la violencia estalló entre las fuerzas que apoyaban a Perón y que se disputaban el control del movimiento peronista. Decenas, quizás hasta centenares, de muertos —nunca se supo con certeza— fue el saldo de la jornada.

El enfrentamiento mostró que las divisiones internas del peronismo eran irreconciliables. Perón optó abiertamente por los grupos ortodoxos y comenzó su conflicto con los jóvenes peronistas y la organización Montoneros. En julio, el presidente Cámpora y el vice Vicente Solano Lima debieron renunciar y asumió el gobierno en forma provisoria el presidente de la Cámara de Diputados, Raúl Lastiri, quien convocó inmediatamente a nuevas elecciones. Para evitar las disputas internas, Perón eligió que en la fórmula presidencial lo acompañara su esposa, María Estela Martínez, a quien los peronistas llamaban “Isabel”. De este modo, se fortalecía el sector ortodoxo. En las elecciones del 23 de setiembre, la fórmula Juan D. Perón-María E. Martínez de Perón obtuvo casi el 62 % de los votos y Perón era elegido, por tercera vez, Presidente de la Nación.



Así describió la revista “Criterio”, lo sucedido el día de la asunción de Cámpora:

“...El 25 de mayo, una enorme multitud ocupó las calles y plazas que van desde el Congreso hasta la Casa Rosada (...) La inmensa concentración dio rienda suelta a su algarabía y cuando todo hacía presumir que la Capital iba a transformarse en el escenario de una gran fiesta popular, los acontecimientos tomaron un rumbo que frustró ese propósito. Lo que debió ser una jornada de júbilo se transformó para muchos en motivo de preocupación, pues, por primera vez en la historia, la conducción peronista perdía el control de lo que siempre había sido su fuerte: la movilización popular (...) La juventud peronista y los diversos grupos guerrilleros (...) se dirigieron por la noche al penal de Villa Devoto desde donde le arrancaron al Presidente un indulto en favor de los presos políticos, que no figuraba en sus planes...”



Así analizó, la misma revista, lo sucedido el 20 de junio en Ezeiza:

“...Fue, sin duda alguna, el hecho multitudinario más impresionante de que los argentinos tengan memoria. ¿Dos millones? ¿Tres? ¿Seis? Es imposible decirlo con certeza (...) Ciertamente, fue una multitud impresionante (...) El espectáculo confirmó la enorme capacidad de movilización que tiene el peronismo, la fidelidad de los viejos peronistas y el impulso entusiasta de los nuevos (...) (los incidentes) revelan la profundidad de la crisis que atraviesa el movimiento peronista y la necesidad imperiosa que el mismo tiene de resolver su crisis de identidad. (...) La potencia política de un movimiento tan amplio implica que la suerte de la Argentina pasa, en buena medida, por el meridiano del peronismo, por lo menos en los tiempos próximos. Lo que se resuelva allí y cómo se resuelva, interesa objetivamente a todos, peronistas y no peronistas...”

Criterio: Política argentina contemporánea (1943-1952), N° 1894. Buenos Aires, 1992,

- ¿Qué sucedió el 25 de mayo y el 20 de junio de 1973? ¿Cuál es la importancia de los hechos producidos en esos días?
- ¿Qué nuevos problemas reconoce esta revista? ¿Cómo los interpreta?

Perón en el poder

El 12 de octubre de 1973, Perón inició su tercer gobierno y reunía en su persona la condición de jefe del movimiento mayoritario y del Estado. Llegó al poder con enorme adhesión popular e incluso tenía la aceptación de los sectores con los que había estado enfrentado. Las Fuerzas Armadas le devolvieron el grado de teniente general. Mantenía buenas relaciones con el radicalismo y, en especial, con su líder, Ricardo Balbín. También lo aceptaban los otros partidos y los sectores empresarios. Existía un amplio consenso acerca de que solo Perón podía pacificar el país. En esas condiciones, Perón mantuvo la política de pacto social, es decir, de lograr acuerdos entre empresarios y sindicatos para contener la inflación y mantener los salarios.

Sin embargo, las cosas no iban a ser sencillas para el anciano líder, pues, ante todo, debía resolver

**Cortejo fúnebre
de Perón por la
Avenida Corrientes,
en Buenos Aires.**



la disputa interna dentro del peronismo, cada vez más violenta. Perón se apoyó firmemente en el sector ortodoxo y, en especial, en la CGT, desplazando del gobierno a los grupos cercanos a la Juventud Peronista y a los Montoneros. De esta manera, la asunción de Perón no produjo la paz esperada y los enfrentamientos entre las dos tendencias del peronismo se acrecentaron. Así, el 1° de mayo de 1974, Perón se enfrentó directamente con los Montoneros y la Juventud Peronista en un acto en la Plaza de Mayo. Al mes siguiente, volvió a convocar a sus seguidores a la plaza, pero entonces le respondieron básicamente los sindicatos. La ruptura del peronismo era definitiva.

La crisis del gobierno peronista.

Cuando Perón falleció, el 1° de julio de 1974, el poder quedó en manos de su esposa. Pero, en realidad, el gobierno estaba controlado por el ministro José López Rega. Este, que encabezaba el sector ortodoxo, había conformado una organización armada secreta, la Alianza Anticomunista Argentina (conocida como la "Triple A"), destinada a realizar acciones de exterminio sobre los opositores y disidentes. Por otro lado, la guerrilla siguió operando por medio de atentados, asesinatos y ataques a unidades militares. Los Montoneros proclamaron que pasaban a la clandestinidad, es decir, a formas de acción secretas e ilegales y atacaron abiertamente al gobierno. El ERP, por su parte, organizó una guerrilla rural en Tucumán con el propósito de crear un foco guerrillero que después de controlar una zona se extendiera al resto del país. En estas condiciones, las Fuerzas Armadas recuperaron el protagonismo perdido en 1973. El gobierno declaró a Tucumán "zona de emergencia" y ordenó a las Fuerzas Armadas aniquilar a los grupos guerrilleros a los que genéricamente se denominaba "la subversión"; pero la violenta represión se dirigió no solo contra los grupos armados, sino también contra todos los grupos opositores. A mediados de 1975, la guerrilla rural estaba derrotada, pero la violencia no se detenía. El gobierno de "Isabel" Perón era cada vez más débil. Dominado por López Rega, abandonó el Pacto Social y los acuerdos con los partidos de oposición. Los grupos guerrilleros contestaban con

mayor cantidad de atentados y la Triple A actuaba sin que el gobierno hiciera nada para impedirlo. La violencia se adueñaba de la Argentina: solo en setiembre de 1974 hubo más de 400 atentados con bombas y en un año alrededor de 500 personas perdieron la vida en asesinatos por motivos políticos. La crisis política empujó a la crisis económica. A lo largo de 1975 se desató la inflación y el gobierno adoptó medidas que afectaron el nivel de vida de los trabajadores y trató de desconocer los convenios laborales que habían obtenido los sindicatos. De esta manera, el gobierno se enfrentaba con su principal apoyo. Una nueva ola de huelgas y manifestaciones sacudió al país y forzaron la salida de López Rega del gobierno.

La crisis era permanente. En 20 meses, el gobierno designó 38 ministros. También fracasaron los intentos en el Congreso por desplazar a la Presidenta mediante un juicio político o las negociaciones para que renunciara. Para la gran mayoría de la sociedad era evidente que un nuevo golpe de Estado se produciría de un momento a otro y muchos sectores lo reclamaban a través de los medios de comunicación. En diciembre de 1975, un grupo de la Fuerza Aérea intentó un golpe de Estado, pero no contó con el apoyo de todas las fuerzas. A su vez, el intento de la guerrilla de ocupar la sede de un regimiento en las afueras de Buenos Aires, terminó en un total fracaso y sus fuerzas fueron diezmadas. El 24 de marzo de 1976, los jefes de las Fuerzas

Armadas acabaron con el gobierno peronista y con la débil democracia hacía solo tres años que habían abandonado el gobierno y en este tiempo se habían producido más de 3000 muertes por causas políticas. Ahora, volvían al poder sin encontrar resistencia contando con la aceptación de gran parte de la población, harta de crisis económica y violencia, y deseosa de que alguien acabara con el caos y restaurara el orden. Siete meses después deberían haberse realizado las elecciones generales para renovar la autoridades de acuerdo con la Constitución.

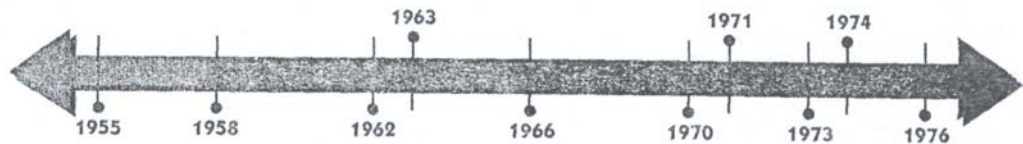
José López Rega era un policía retirado que se había desempeñado como secretario de Perón en Madrid. Estaba convencido de tener poderes especiales y popularmente se lo llamaba "El brujo". Ejerció una enorme influencia sobre Perón y sobre su esposa, y en la práctica controló el gobierno después de la muerte del líder.



Reconstrucción de un proceso histórico

Les proponemos realizar la reconstrucción del proceso político argentino entre 1955 y 1976. Para reconstruir un proceso histórico, el primer paso es situar con precisión los acontecimientos en el tiempo.

Construí una línea de tiempo como la siguiente:



Indicá quién asumió a presidencia de la Nación en cada fecha señalada y resumí brevemente cómo llegó al gobierno.

Señalá con un color los años correspondientes a gobiernos surgidos de golpes militares y, con otro, los años correspondientes a gobiernos constitucionales surgidos de la elección popular. ¿Cuántos años corresponden a cada tipo de gobierno?

La Constitución Nacional, de 1853, establecía que el presidente de la Nación debía cumplir un mandato de seis años y no podía ser reelecto. Calculá: ¿cuántos presidentes debería haber tenido la Argentina entre 1955 y 1976 si se hubiera cumplido con la Constitución? ¿Cuántos tuvo efectivamente? ¿Cuántas elecciones presidenciales hubo en ese periodo? ¿En cuántas elecciones pudieron presentarse todos los partidos políticos? ¿Por qué?